

TEORÍAS DOMINANTES DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA URSS *

EDWARD I. IVANIAN

Antes de entrar en materia, quisiera expresar mi profundo agradecimiento a los organizadores por la invitación que me hicieron para participar en tan interesante coloquio. Es difícil pensar que se puedan dar a la vez la oportunidad para conocer este maravilloso país y una de las ciudades más bellas del mundo, y la de intercambiar opiniones sobre uno de los temas contemporáneos más importantes, y de gran interés para todo el mundo. En esta época son de suma importancia las reuniones, los intercambios de opinión y las discusiones informales, teniendo en cuenta que no se trata de meras teorizaciones bordadas en el vacío y desvinculadas de las realidades y demandas del entorno exterior, sino que se trata de exposiciones que más adelante podrán verse reflejadas y realizadas en acciones políticas a nivel oficial y público. Estas reuniones son importantes porque somos testigos de sucesos internacionales de tal envergadura a nivel mundial, y de tal importancia global, que requieren de un análisis minucioso para entender lo que ocurre en el mundo y lo que le está pasando al mundo mismo, así como para comprender lo que está sucediendo a la vista de todos nosotros —y los cambios que se están produciendo en las actitudes de los dirigentes políticos y de los pueblos respecto de los sucesos mundiales y sus consecuencias inmediatas y lejanas.

Sabemos que desde la antigüedad se vienen estudiando las relaciones internacionales, pero sólo en los últimos 40 o 50 años se les ha prestado una atención sistemática. Esto sólo se explica porque es apenas en esta época (especialmente desde la Segunda Guerra Mundial y, su-

* Conferencia presentada el 20 de junio de 1988 en el coloquio “La Teoría de las Relaciones Internacionales Hoy”, organizado por el CEI de El Colegio de México. Traducción de María Urquidí.

pongo, hasta la infinidad) cuando lo que sucede en un extremo del mundo tiene repercusiones inmediatas en el otro. Aunque esto parezca una simplificación, el hecho es que el estudio de las relaciones internacionales antes de la Segunda Guerra Mundial se limitaba a analizar las relaciones entre algunos de los grandes poderes, con sus intereses políticos, geográficos y económicos, sus mutuas reclamaciones y su comportamiento en el campo de la política exterior. Las relaciones internacionales en aquellas viejas épocas se resolvían de una manera relativamente fácil: si no se podían conciliar las diferencias y satisfacer los intereses de los contrincantes, se recurría a la guerra (si es que se puede uno referir a las guerras como una "solución", y hasta eso, una "solución fácil").

Para usar la terminología sugerida por Anatol Rappoport, conocido matemático y politólogo, durante muchos siglos se caracterizaron las relaciones internacionales por una combinación de tres tipos de conflictos entre los estados, ocupando los primeros niveles en la jerarquía internacional los "juegos", "luchas" y "debates". Los "juegos" que siempre han jugado los poderes adversarios a veces acababan en "debates", pero no siempre, lamentablemente. A veces dos —aunque frecuentemente más— grupos de estado se veían involucrados en esas guerras, y éstas terminaban por darle una solución histórica momentánea a las causas de las mismas. A pesar de las bajas que éstas causaban entre los contrincantes, bajas que a veces eran enormes, nunca estuvieron en peligro el futuro ni la existencia de los pueblos, como tampoco la existencia de los estados como unidades político-administrativas. Aun en las dos guerras mundiales de este siglo, en las que grandes grupos de estados tuvieron acción militar, sólo en forma indirecta sufrió la gran parte de la población del mundo. Hay enormes territorios de nuestro planeta que nunca supieron de bombardeos aéreos, o que no reportaron bajas en la población civil ni en su personal militar.

Hoy, sin embargo, no hay ciudad ni pueblo en todo el planeta que se encuentre a una distancia máxima de un día de vuelo de cualquier otro punto del planeta. Y me refiero a vuelos de la aviación civil. El tiempo que se requiere para que un moderno proyectil dirigido dotado de explosivos nucleares alcance su objetivo no se mide en horas, sino en minutos. Es difícil ahora, si no imposible, imaginar una guerra mundial que no se convierta en guerra nuclear, una guerra de la que pueda escapar ya no un país, sino todo un continente. La interdependencia de los países se ha incrementado en los últimos decenios no sólo por el destino común que los espera a todos en caso de guerra, sino como resultado de que ha disminuido considerablemente la capacidad de los estados, aun aquellos a los que a veces se les llama "superpoten-

cias", para imponer su voluntad a otros países, por pequeños y débiles que éstos sean.

Sin embargo, es una paradoja el hecho de que la interdependencia entre las naciones del mundo, que a partir de la Segunda Guerra Mundial se ha hecho más evidente, no haya servido para estrechar las relaciones ni para borrar las diferencias entre ellas, sino al revés, para ir las aislando más una de otra por razones ideológicas. El resultado es que, pese al enorme volumen de problemas graves que existen a nivel mundial, y que se podrían solventar mediante acciones comunes con la participación de todas o por lo menos la gran parte de las naciones, han surgido docenas de bloques y alianzas internacionales de carácter político, militar, étnico, etc., entre los cuales, así como dentro de ellos, hay conflictos que no sólo se prolongan sino que se incrementan. En los 40 años que han transcurrido desde la Segunda Guerra Mundial ha habido tensiones y conflictos militares en una u otra zona del mundo, o sea que mucha gente ha muerto a causa de los encuentros que se suceden en una y otra parte. Quizá los expertos sepan exactamente cuántas guerras ha habido desde el final de la segunda conflagración mundial pero deben contarse por docenas.

Los aquí presentes me pueden preguntar por qué menciono lo anterior como si mi propio país se mantuviera al margen de esos "juegos" y "luchas" de los últimos años y no participara en ellos. Reconozco que mi país ha participado activamente en el juego de "sumacero", que se basa en la premisa de que lo que beneficia a una parte perjudica a la otra y viceversa. El dogma y la subjetividad también dejaron su rastro en nuestra política exterior. En un afán de autocrítica reconocemos lo anterior, y esperamos que la otra parte del conflicto surgido a partir de la Segunda Guerra Mundial, se haga la misma autocrítica.

Karl Deutsch, uno de los grandes teóricos de las relaciones internacionales, cuya obra estoy seguro conocen todos ustedes, escribió en 1968 que "un mundo de dos personas y juegos de suma-cero, es un mundo de conflicto inmisericorde e irreconciliable. Con base en las premisas de este modelo, nunca podrán cambiar ni las motivaciones ni los intereses de los jugadores; tendrán siempre que seguir siendo adversarios".

Durante aquellos largos y difíciles años de la Guerra Fría, los dos adversarios conocidos como Oriente y Occidente se confrontaban uno al otro en relación con este o aquel problema internacional, convencidos ambos de que lo que era aceptable para uno no lo era para el otro, y de que los intereses de uno eran contrarios a los intereses del otro y por tanto había que ignorarlos. En ambos campos, tanto en la Unión

Soviética como en los Estados Unidos, por cada paso conciliatorio que se tomaba, o cualquier decisión encaminada a encontrar un acuerdo mutuamente aceptable, siempre había quien se opusiera alegando que se trataba de una peligrosa pacificación de un enemigo cruel y sin escrúpulos, y una traición a los intereses nacionales. Tenía que llegar el momento en que alguien, evidentemente un alguien con una mentalidad más sana y realista, y con un alto sentido de responsabilidad por el destino del mundo, dijera: “¡Ya basta!” Alguien tenía que señalar que los complejos y graves problemas que aquejan al mundo no se pueden resolver con sólo decir que se necesita el esfuerzo común de toda la raza humana para hacerlo. Se necesitaba que alguien hiciera de estas declaraciones la piedra angular de la política exterior de su nación. Esto no era fácil, pues muchas generaciones de dirigentes políticos han creado una actitud mental y han convencido a sus propios pueblos de la sabiduría de esa manera de pensar. Cambiar ese modo de pensar requería de una reestructuración revolucionaria no sólo de las relaciones internacionales del país que iniciaba esta nueva manera de ser, sino también de sus propias instituciones políticas, económicas, militares, y aun ideológicas.

Aquí conviene nuevamente citar a Karl Deutsch: “Para lograr el éxito, habría que combinar una auténtica voluntad de reducir la presencia (militar) en el exterior, con una dirigencia política interna muy capaz y eficiente.” En los países adversarios se dijo que una transformación radical era la mejor si no la única manera de eliminar los riesgos de guerra. La transformación interna radical significaba no sólo aislar y neutralizar a las fuerzas que rechazaban el compromiso con los enemigos de clase, sino consolidar las fuerzas que apoyaban los acuerdos y la cooperación internacional en un afán de conservar la paz en nuestro planeta.

En la Unión Soviética había interés por reducir las tensiones internacionales, suscribir acuerdos internacionales relacionados con una extensa gama de asuntos políticos y militares. Pero la dirigencia anterior de la Unión Soviética tomó esos pasos con renuencia y no con convencimiento. Baste recordar cómo se hacía en el pasado: la Unión Soviética hacía una proposición de paz y aguardaba a que el adversario respondiera. A los dos días Estados Unidos respondía con un “no” rotundo, y la Unión Soviética esperaba a que aquél propusiera lo suyo. Después de meses de expectativas improductivas, Estados Unidos planteaba su propia proposición, recibiendo a cambio el “no” soviético. Y así sucesivamente, durante años, continuó sucediendo lo anterior, y mientras los problemas se agravaban y aumentaba el peligro de gue-

rra, la bola iba de un lado al otro del campo como si los adversarios tuvieran todo el tiempo del mundo.

Estoy convencido de que no hay cosa más peligrosa en las relaciones internacionales que perder el tiempo, y perder el impulso para ir adelante en el trayecto hacia la paz. Pero es exactamente lo que ocurrió en el decenio anterior a 1985. Una nota al margen: compárese esta pérdida de tiempo con datos recién publicados en Estados Unidos: en tres años, entre 1985 y 1988, la Unión Soviética presentó alrededor de 60 iniciativas de paz, o sea alrededor de 20 iniciativas por año. En ese mismo periodo, se firmaron 47 acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética. ¿Qué mejor que aplaudir esa actividad y contar con su éxito?

Sin embargo, sería un error referirse únicamente a la cantidad de iniciativas soviéticas de paz. Si sólo importara la cantidad, posiblemente seguiría vigente la situación de distensión del decenio de los setenta. La razón por la cual se estancó la política exterior de la Unión Soviética es que le fue imposible a la anterior dirigencia liberarse de las restricciones impuestas por los esquemas tradicionales. Fueron un obstáculo los conceptos de lo blanco y lo negro del mundo, la incapacidad de distinguir otras gamas de colores y tintes, la división del mundo en "buenos" y "malos", en "lo nuestro" y "lo suyo", un estorbo para reconocer los derechos de diferentes naciones o la madurez de otras, y para incorporar ese reconocimiento en la política exterior soviética. Se reconoció con renuencia y sólo parcialmente nuestra interdependencia con el resto del mundo: en unas cosas somos dependientes, y en otras no. Se hablaba de la necesidad fundamental de unificar los esfuerzos de la raza humana para sobrevivir, pero se esperaba que otros actuaran en ese sentido.

La principal característica de la actividad soviética en el foro de la política internacional radica no en el número de iniciativas de paz que propone ni en el número de acuerdos que firma, sino en un nuevo reconocimiento de la esencia misma de la política exterior del estado, con base en la realidad de un mundo unificado pero contradictorio e interrelacionado. Este concepto se ve plasmado en la voluntad soviética de pisar la raya que divide a las naciones del mundo en aras de la paz del planeta, o sea, por el único interés que puede unificar al mundo.

A esta nueva visión del mundo que corresponde a la nueva realidad de cosas a las que ya estábamos acostumbrados, se le dio en la Unión Soviética el nombre de nuevo pensamiento político, pensamiento político que deriva su fuerza del reconocimiento de que el mundo moderno es el mundo de la prioridad de intereses y valores globales humanos, y que la seguridad es indivisible o, como dijo el dirigente sovié-

tico Mijail Gorbachov: “debe ser igual para todos, pues de otro modo no habrá seguridad”. En otras palabras, nadie debe buscar su propia seguridad a expensas de los demás.

Con base en esta nueva forma de pensar, el nuevo concepto de la política exterior soviética se fundamenta en la certeza de que en el mundo moderno coexisten el riesgo de una amenaza de destrucción global y la esperanza de un enorme potencial de convivencia, cooperación y de soluciones políticas, pero nunca militares para los graves problemas internacionales. Para el más elevado de los intereses comunes —evitar la guerra nuclear— es necesario liberar las posiciones políticas para eliminar la intolerancia ideológica. La lógica de este concepto es muy sencilla: al inventarse el instrumento capaz de destruir al planeta, se presentó un límite objetivo al enfrentamiento clasista en el escenario internacional: la amenaza del exterminio de la humanidad, amenaza ante la cual todas las demás son insignificantes.

Al hablar de la necesidad de una nueva manera de pensar en este mundo que a la vez es peligroso y prometedor, no se pretende educar a los demás, darles una lección de buenos modales que correspondiera a nuestra propia percepción de las cosas. El trayecto hacia el nuevo pensamiento no fue corto ni fácil para nosotros, pero llegamos a él sin presiones de afuera, por nuestro propio impulso, introduciéndolo creativamente en todo lo positivo que nos fuera sugerido por la ciencia moderna y las nuevas filosofías. Cada país tendrá que seguir su propio camino para reconocer la importancia fundamental del pensamiento nuevo en un momento en que los viejos problemas internacionales adquieren nuevas formas. Sin duda, seguirán existiendo intereses diferentes y aun contradictorios, así como distintas formas de acercamiento a los problemas internacionales. Pero al mismo tiempo, todos los países tienen una reserva de buena voluntad y cierto grado de interés por los demás países, que servirá de contrapeso a las diferencias y contradicciones, y más aún si todos ellos comparten mutuamente un interés mínimo: la preservación de la vida humana.

Este interés y su logro requerirá que la dirigencia política de todos los países se aboque a trabajar en apoyo de la nueva visión del mundo, visión nueva que no sea exclusiva de la élite gobernante, sino de todos los pueblos. El proceso de sacar adelante esta nueva visión sin duda requerirá que tengan una nueva percepción de sí mismos, de los valores, logros y deficiencias de su sociedad y de las tareas a cumplir. La capacidad de realizar ese nuevo punto de vista, de comenzar a pensar de una nueva manera, será testigo de la vitalidad de la sociedad, de la visión de sus dirigentes políticos. Esto es algo que no se logra en un momento. El pensamiento nuevo es un proceso de aprendizaje y de adqui-

sición de nuevos conocimientos. Habrá que crear nuevas maneras de resolver los viejos y los nuevos problemas.

Pensé terminar mi exposición con unas palabras de Mijail Gorbachov que tienen una relación directa con el tema de nuestro coloquio, pero no las pude hallar en inglés. Permítaseme citarlo en español:

El desarrollo de un nuevo modo de pensar requiere diálogos, no solamente con gente que comparte los mismos puntos de vista, sino también con aquellos que piensan en forma diferente y representan un sistema filosófico y político distinto del nuestro. Porque ellos también llevan la experiencia histórica, la cultura y las tradiciones de sus pueblos, todos ellos son parte del desarrollo del mundo y están calificados para dar su propia opinión y para tener un papel activo en la política mundial. . . Es por eso que abogamos por un diálogo amplio, por un cotejo de perspectivas y por el debate y la discusión. . . Es imperativo el diálogo informal y vivificante de los políticos, científicos y personalidades de la cultura.